

**«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»**

# 2. El encuentro con Cristo

**de Luigi Giussani\***

## EL ACONTECIMIENTO

Lo que hemos descrito como experiencia humana es prerrogativa de todos los hombres.

El único genio que ha captado bien todos estos factores humanos, los ha hecho emerger y ha revelado su sentido definitivo, valorándolos de modo sorprendente e imprevisible, ha sido Jesucristo.

El encuentro histórico con este hombre constituye un encuentro con el punto de vista resolutivo y clarificador de la experiencia humana.

Es precisamente este encuentro lo que nosotros queremos realizar de nuevo. Examinemos, por tanto, los primeros momentos en que surgió ese hecho. He aquí su primer apunte histórico: «Al día siguiente, otra vez hallándose Juan con dos de sus discípulos, fijó la vista en Jesús, que pasaba, y dijo: “He aquí el Cordero de Dios”. Los dos discípulos, que le oyeron, siguieron a Jesús. Volviéndose Jesús a ellos, viendo que le seguían, les dijo: “¿Qué buscáis?”. Dijéronle ellos: “Rabí”, que quiere decir Maestro, “¿dónde moras?”. Les dijo: “Venid y ved”. Fueron, pues, y vieron dónde moraba, y permanecieron con Él aquel día. Era como la hora décima»<sup>8</sup>.

Uno de los dos es el historiador que narra el hecho, y que, ya centenario, recuerda perfectamente el detalle de la hora. Porque aquel hecho marcó para él el comienzo de una nueva vida.

Y el relato prosigue con los encuentros de Felipe y Natanael. Este último era el “viejo” del lugar, cargado de experiencia, atento a no dejarse engañar por nadie. «Ven a ver», le dicen. Este es siempre el mejor argumento para persuadir. Jesús ve llegar a Natanael y le dice: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo». «¿Cómo me conoces?», rebate Natanael, como no queriendo dejarse halagar. «Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Y Natanael cede inmediatamente: «Maestro, Tú eres el Hijo de Dios»<sup>9</sup>.

En este momento aquel hombre comenzó a crecer en la consideración de los otros.

Los discípulos, después del primer momento de estupor, quedan tan impresionados por lo que Él dice, de cómo les mira, que Le aceptan inmediatamente, es decir, Le conceden su confianza. Precisamente el capítulo siguiente del Evangelio cuenta el milagro de las bodas de Caná, y termina así: «Jesús hizo el primer milagro... Y sus discípulos creyeron en Él»<sup>10</sup>. Esto demuestra que el acontecimiento se desarrolló con un pupilaje brevísimo.

Si aquellos discípulos, aun reconociéndole como Mesías desde el primer encuentro, no le hubieran visto más, se habrían olvidado de aquel curioso hecho. En cambio, al acercarse a Él de nuevo, aquella impresión primera se profundizaba en ellos. En esta convergencia continua de impresiones y de sentimientos fueron reforzando su credo. No es que antes fuesen impostores y que no creyeran; al contrario, seguían la ley de la conciencia humana, que implica esta evolución. »

<sup>8</sup> Cf. Jn 1,35 -39.

<sup>9</sup> Cf. Jn 1,45-49.

<sup>10</sup> Cf. Jn 2,11.

\* «Huellas de experiencia cristiana» en *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2006, pp. 65-74.

» Por eso, aun después de las bodas de Caná, otras veces el Evangelio subraya: «... y creyeron en Él sus discípulos». Se produce una profundización que lleva al hombre a ese grado de seguridad que, en cierto momento, le deja persuadido: *está seguro*.

Tratemos de localizar ahora los *aspectos de la personalidad de Cristo* que se presentaron y se presentan como excepcionales ante sus ojos y los nuestros.

## UNA PRESENCIA EXTRAORDINARIA

Ante todo Cristo demuestra autoridad y superioridad en todas las ocasiones.

Tratemos de imaginar a aquella gente que, primero, durante semanas, le ve volver allí a la playa, y que luego por tres años consecutivos es testigo de episodios extraordinarios.

Hasta que algunos abandonaron todo para seguirle siempre y a todas partes.

Estaban acostumbrados a los agitadores, especialmente durante aquellos años en que todos esperaban al Mesías; y ciertamente los agitadores llamaban la atención. Pero Jesús rompe los esquemas habituales. Él no llama a tomar las armas contra el Imperio romano. Seguir sus pasos para sorprenderle en algún fallo será la gran preocupación de los jefes del pueblo: inconsciente misión que nos sirve de testimonio a nosotros.

Son las doce, y Cristo se retira a una casa para comer; pero la gente se agolpa en la entrada. Cristo continúa hablando. En primera fila están los fariseos. Le llevan un paralítico de veinte años y, al no conseguir introducirlo por la puerta, lo bajan por el tejado a la espalda de Cristo. Él se vuelve: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados». Inmediatamente los fariseos piensan: «Este blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios?». Aquel hombre aparta su mirada del pobre enfermo y, mirando fijamente a los presentes, dice: «¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados” o decir “Levántate y anda”? Pues bien, yo te digo: “Levántate, toma tu camilla y vuelve a tu casa”». Y el otro se carga la camilla a la espalda y se marcha en medio del comprensible griterío de la muchedumbre<sup>11</sup>.

Y continuamente, cada día, cosas por el estilo: «Llegó a la tarde cansado de curar» es un estribillo del Evangelio.

## EL DOMINADOR DE LA NATURALEZA

Los que le siguen son espectadores de un excepcional dominio sobre la naturaleza.

«Cuando hubo subido a la nave, Le siguieron sus discípulos. Se produjo en el mar una agitación grande, tal que las olas cubrían la nave; pero Él entre tanto dormía, y acercándose le despertaron, diciendo: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!”». Él les dijo: “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”. Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran calma. Los hombres se maravillaban y decían: “¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen?”»<sup>12</sup>.

## ÉL NOS CONOCE Y NOS COMPRENDE

Pero el poder más sugestivo, el que hizo capitular a Natanael y nos arrebató a cada uno de nosotros, es el dominio de nuestros pensamientos y de nuestros corazones: la comprensión. »

<sup>11</sup> Cf. Mt 9,1-8.

<sup>12</sup> Mt 8,23-27.

» Para Él es algo normal leer en el hombre su pasado y sus intenciones; de ahí que todos adviertan que incluso la parte secreta de su personalidad humana le pertenece.

Se sienta cansado junto a una fuente y viene una mujer por agua: «Dame de beber», le pide Jesús, y ella, con el aire desenvuelto y poco delicado de ciertas personas, le toma el pelo. «Si tú supieses quién te ha pedido: “Dame de beber”, le pedirías tú a Él». «El pozo es profundo y no tienes con qué sacar el agua, ¿cómo puedes darme de beber?»... «Vete y llama a tu marido». «Pero si yo no tengo marido». «Has dicho bien “yo no tengo marido”, porque cinco tuviste y el que ahora tienes no es tu marido». Está vencida<sup>13</sup>.

Cuando se pasaba al lado de las meretrices y de los publicanos había que dar un rodeo de diez metros para no contaminarse, lo que era un modo bastante inteligente de hacer penetrar en las duras cervices la ley moral. Pero Él se comportaba de manera completamente distinta; más aún, hasta se iba a comer con ellos. «Entrado en Jericó, Jesús estaba atravesando el pueblo. Se le acercó un hombre llamado Zaqueo, uno de los jefes de los publicanos, un rico. Este deseaba ver de cerca a Jesús, pero como era pequeño de estatura, no lo podía hacer a causa del gentío. Corrió entonces más adelante y se subió encima de un sicomoro para observar a Cristo que debía pasar por allí. Cuando llegó a aquel sitio, Jesús alzó los ojos y dijo: “Zaqueo, baja rápido, porque necesito hospedarme en tu casa”. Y él descendió rápidamente y le acogió con alegría. Quienes lo vieron murmuraban diciendo: “Ha ido a comer a casa de un pecador”. Pero Zaqueo dijo decididamente: “Sí, Señor, yo doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo he defraudado a alguno le devuelvo el cuádruple”»<sup>14</sup>.

Para Él no hay barreras: penetra sin dificultad –sorprendiendo o anticipándose– en la complicada madeja que es el corazón humano. Lo mío es como si fuese suyo.

No existe nada que haga derrumbarse al hombre, en el sentido de abandono total, como el sentirse descubierto y comprendido al mismo tiempo.

### EL SEÑOR DE LA PALABRA

Él mostraba una inteligencia de dialéctica irresistible. Los fariseos y los escribas eran famosos en todo el mundo por su dialéctica; pero frente a Él resultaban impotentes.

«Entonces los fariseos se pusieron de acuerdo para pillarle en un fallo y le enviaron a sus discípulos, acompañados de algunos herodianos, para decirle: “Maestro, nosotros sabemos que eres leal y que enseñas con lealtad el camino de Dios, sin darte cuidado de nadie, porque tú no haces acepción de personas. Dinos, pues, tu parecer: ¿es lícito o no pagar el tributo al César?”. Pero Jesús, conociendo sus intenciones, respondió: “¡Hipócritas!, ¿por qué me tendéis una trampa? Enseñadme la moneda del tributo”. Ellos le presentaron un denario, y Él les dijo: “¿De quién es esta imagen? ¿De quién el nombre de esta inscripción?”. Ellos respondieron: “De César”. Entonces, Él les dijo: “Dad pues al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Ante estas palabras ellos quedaron sorprendidos y, en silencio, se fueron»<sup>15</sup>.

«Al alba Jesús apareció nuevamente en el templo y todo el pueblo venía a Él, y sentado, les enseñaba. Los escribas y fariseos trajeron a una mujer sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la ley nos ordena Moisés apedrear a estas; tú, ¿qué dices?”. Esto lo decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en tierra. »

<sup>13</sup> Cf. Jn 4,1-30.

<sup>14</sup> Lc 19,1-18.

<sup>15</sup> Mt 22,15-22.

» Como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero”. E inclinándose de nuevo, escribía en tierra. Ellos, que le oyeron, fueron saliendo uno a uno, comenzando por los más ancianos»<sup>16</sup>. La trampa está salvada, y se convierte en un desafío para su hipocresía.

La palabra del Maestro es tan fascinante, y tan difícil no tomarla en serio, que conquista y hasta inmoviliza: «...Los guardias volvieron a los sumos sacerdotes y a los fariseos que estaban reunidos. Estos les echaron en cara: “¿Por qué no le habéis traído aquí?”. Los guardias respondieron: “Nunca un hombre ha hablado como este hombre!”»<sup>17</sup>.

#### EL PASTOR BUENO

Pero le distingue otra característica. La gente poderosa, capaz de cerciorarse de nuestra psicología, esa gente que nos habla desde las cátedras, ¡es tan difícilmente buena! Él, en cambio... «tomó un niño, se lo puso sobre las rodillas y lo estrechó contra su pecho»<sup>18</sup>. O bien: «Él se dirigió a una ciudad llamada Naím; sus discípulos y una gran muchedumbre le seguían. Entonces, cuando estaba cerca de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre viuda, y le acompañaba un grupo numeroso de gente de la ciudad. Viéndola el Señor, se compadeció de ella y le dijo: “No llores”. Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y Él dijo: “Joven, a ti te hablo, levántate”. Sentóse el muerto y comenzó a hablar, y Él se lo entregó a su madre»<sup>19</sup>.

Experimentamos la bondad cuando nos encontramos con una actitud que valora lo que somos, que nos da esperanza de lo que seremos; es «la paz en la tierra» porque Dios es bueno.

Y Dios es bueno porque nos salva. La redención es anuncio de positividad en la vida.

Frente a esa gente que le veía tan grande y poderoso, Él se agacha sobre las flores del campo y describe su belleza, habla del sol y de la lluvia, siempre con bondad y delicadeza. Y no: «¡Qué rabia, hoy llueve...!», o: «¡Cómo molesta el sol...!». La atención que dirige al hombre está llena de comprensión inmensa, de cordialidad sin reservas. «Hasta tus cabellos están todos contados»<sup>20</sup>.

Siente compasión por el dolor; no logra comer si antes no ha curado. Lloro sobre Lázaro y solloza sobre la ciudad.

Y era humano no solo por ser tan sensible hacia la naturaleza, hacia las cosas más pequeñas del hombre, por su cordialidad, sino porque sabía participar de la alegría humana. Es significativo el valor que daba al comer juntos. El gesto más importante de su religión se identifica con una comida. Muchas imágenes del Reino están tomadas de la cena, y la gloria final la describe como un estar sentados a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob<sup>21</sup>.

#### ¿QUIÉN ES ESTE?

Es completamente natural que la gente que Le seguía, y particularmente aquellos que Le seguían con continuidad en cierto momento se hicieran, frente a la manifestación de tamaña personalidad, la pregunta: «¿Pero quién es este?»»

<sup>16</sup> Jn 8,2-9.

<sup>17</sup> Jn 7,45-46.

<sup>18</sup> Cf. Mc 9,36; 10,16.

<sup>19</sup> Lc 7,11-15.

<sup>20</sup> Mt 10,30.

<sup>21</sup> Cf. Sobre todo esto el capítulo primero de *Cristo, nuestro hermano*, de Karl Adam.

» El hombre docto y culto, que abrevia los tiempos y los espacios porque vive más intensamente la experiencia, Nicodemo, reconoce rápidamente que aquel hombre no puede venir más que de Dios.

Pero no se comporta de distinto modo aquella otra gente ruda e inculta que Le había seguido abandonándolo todo. Romano Guardini observa: «Ellos se le acercan, le escuchan, vuelven y terminan experimentando la impresión de tener ante ellos una personalidad sin parangón. Esta impresión se va transformando poco a poco en convicción. Jesús es un ser superior a cualquier otro...»<sup>22</sup>.

En Él hay algo inexplicable, un contorno indefinible.

La convivencia con Cristo había producido una evidencia, la evidencia de que era totalmente natural, totalmente justo, tener confianza en aquel hombre. Ir contra aquella evidencia habría sido ir contra sí mismos.

No podían, por tanto, dejar de creer en aquel hombre solo porque decía palabras que no entendían.

«Precisamente para ser coherentes con lo que hemos visto, para ser coherentes con nosotros mismos, debemos aceptar también lo que Tú dices y que no entendemos. Solo en Ti está el significado de nosotros mismos»: de este modo podríamos traducir lo razonable que fue la postura de Pedro en el hecho que describe el capítulo VI de san Juan<sup>23</sup>.

¿Cuál es la diferencia entre la gente exaltada de pocos días antes y este grupito de fieles, entusiasta también, aunque de otra manera? La gente le buscaba a su medida y, por esto, cuando Él comenzó a decir por qué motivo había venido –motivo que excedía las expectativas comunes– todos le abandonaron: estaban más apegados a su propio límite que a la verdad.

Pero el grupo de los fieles no se va, aun sin comprender lo que dice, y a la pregunta: «¿Tú, quién eres?» –a la cual Él responde misteriosamente: «Yo y el Padre somos una misma cosa»<sup>24</sup>, ellos asienten aunque tampoco comprendan.

Solo entenderán en Pentecostés, cuando reciban el don de una genialidad sobrenatural. Como ya hemos observado, pocas horas antes de que ascendiese al cielo todavía le preguntan: «Maestro, ¿cuándo implantarás el reino de Israel?».

Aún después de la muerte y la resurrección siguen comprendiendo muy poco, mantienen dentro de sí mismos aquella misteriosa respuesta, porque «lo ha dicho Él».

## EL ENCUENTRO, HOY

La humanísima postura de los primeros fieles es la postura inevitable de partida también hoy.

Cristo va caminando con los apóstoles y pasa cerca de una roca cortada a pico sobre el camino: «¿Quién dice la gente que soy yo?»; «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»... «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Pedro pronunciaba palabras sin comprender su verdadero y profundo significado. «Eres afortunado porque esto no te lo ha sugerido tu espíritu, sino Dios. Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»<sup>25</sup>.

Todavía hoy el cristianismo se basa en semejante respuesta. «La gente, ¿quién dice que soy yo?... Los libros, los profesores, los directores de cine, los publicistas, los líderes de partidos, tu padre, tu madre, tus amigos, ¿quién dicen que soy yo?» «...El primer socialista, el »

<sup>22</sup> Cf. R. Guardini, *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, 2006.

<sup>23</sup> Cf. Jn 6,67-69.

<sup>24</sup> Jn 10,30.

<sup>25</sup> Cf. Mt 16,13ss.

» primer comunista, el primer liberal, el mayor genio religioso, un visionario, un brujo, un desconocido con nombre afortunado...». «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Nuestra fe adulta, personal, comienza como personal respuesta a esta pregunta.

Mientras exista el mundo, una voz humana afrontará la conciencia de los demás hombres para evocar de nuevo esa pregunta, que es también una propuesta: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?». Y la respuesta: «Tú eres Dios» nacerá en todos los tiempos de la misma postura y de las mismas razones que tuvo Pedro.

Es importante destacar cómo este diálogo fundamental, esta decisiva interlocución electiva tiene dos componentes.

Ante todo el hecho de que constituye un encuentro —el encuentro con la realidad de Cristo—, una ocasión *inevitable*, un acontecimiento ineliminable en la vida del hombre a quien le sucede.

Y, en segundo lugar, la atención a ese hecho, el responder a ese encuentro y comprometerse con él; y esto no es inevitable, sino *libre*.

#### EL COMPROMISO

Pero, ¿qué quiere decir comprometerse con un encuentro existencial, sino volcar sobre él las energías de nuestra sensibilidad y de nuestra conciencia, es decir, volcar en él nuestra propia humanidad?

El descubrimiento de Cristo como realidad decisiva, a la que unirse con todo nuestro propio mundo, nace entonces como consecuencia de una *convivencia con Él*.

Así pues, una vez más, cuanto más siente uno la propia humanidad, cuanto más en serio toma sus experiencias y más intensamente vive su existencia, más revelará la convivencia con la realidad histórica de Cristo el valor del encuentro que se ha tenido.

Cristo se nos presenta con una pregunta: pero nuestra respuesta coincide con reconocerle a Él como la única respuesta posible a nuestro camino humano. El compromiso con este camino es, a su vez, condición para poder acoger y comprender la oferta que supone el encuentro con Cristo. Cuanto más sencillo es el hombre, más vive —quizá sin darse cuenta— ese compromiso: así fueron los apóstoles y los primeros discípulos.

Para el hombre la realidad es oscura y sus ojos buscan la luz que le dé sentido. La voz de un hombre dentro de la historia nos alcanza: «Yo lo soy», «*Qui sequitur me, non ambulabit in tenebris*»<sup>26</sup>.

En el océano de la historia aparece de improviso una Palabra que flota sobre todas las cosas y que da forma y coherencia a todo: «...amanece el día y el sol surge en vuestros corazones»<sup>27</sup>. Pero solo prestando atención, solo abriéndome de par en par al mundo y a esa luz, solo volviéndome sensible a aquel y disponible a esta, podré yo comprender que dicha luz es *verdadera*.

El eco que sigue resonando de la propuesta de aquel Hombre y su verificación es la gran aventura que hace de la vida y de la historia un camino colmado de sentido en lugar de una disolución de instantes; la gran aventura que libera del sentimiento de inutilidad y nos erige con la fuerza de la esperanza.

Hay un pasaje del Evangelio que reproduce magníficamente el drama de este diálogo entre la conciencia del hombre y la presencia de Cristo. »

<sup>26</sup> *Vulgata*, Jn 8,12.

<sup>27</sup> 2 Pe 1,19.

» «Cuando ellos llegaron cerca de la aldea adonde se dirigían, Él quería ir más lejos; pero ellos insistieron diciendo: “Quédate con nosotros, porque oscurece y el día ya declina”. Él entró, pues, para quedarse con ellos. Y he aquí que, cuando se sentaron a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Sus ojos se abrieron y lo reconocieron..., pero Él había desaparecido. Y se decían el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras Él nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?”»<sup>28</sup>.

Aquel gesto de partir el pan vivido junto a Él resulta para ellos una hipótesis luminosa que explica el camino andado con el inesperado acompañante; a la luz de ese gesto «verifican» toda la experiencia del encuentro que han tenido.

Podemos hacernos, ahora, una sola pregunta: ¿cómo es posible que no hubiera surgido antes en ellos aquella hipótesis? Que surja la hipótesis es un *don*, es *Gracia*.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la web <http://eventi.comunioneliberazione.org/gscontributi/>

---

<sup>28</sup> Lc 24,28-32.